

«El caballo, montado, no se parará en ninguna parte. En cuanto á él,—y se refería á Nikita,—poco le importa morir. ¡Qué le espera en la vida! No la sentirá perder; mientras que yo, gracias á Dios, tengo de qué vivir.»

Y desatando á Castaño, le colocó las bridas y se dispuso á montar, pero no pudo.

Después, subióse en el trineo para desde allí montar con más facilidad, pero el trineo resbalaba un poco, y tampoco pudo conseguirlo. Otra prueba bastó para subirse sobre el caballo. La velocidad del salto; hízole caer montado sobre el cuello del animal, pero poco á poco pudo ponerse en el lomo. Valido de los correones que sujetaban los bozales del trineo, apoyó en ellos sus piés á guisa de estribo.

Al brincar desde el trineo al caballo, despertó á Nikita. Este se incorporó. Vassili Andreitch creyó oírle murmurar algunas palabras.

—Si no te hubiese escuchado no sería tan imbecil como tú. ¿Qué? ¿Vale más correr el riesgo de morir helado que hacer algo por evitarlo?—exclamó Vassili Andreitch.

Después arregló sobre sus rodillas el abrigo que llevaba, hizo volver al caballo y partió en la dirección por donde él suponía que debía estar el bosque.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

## VII

Desde que se hubo sentado detrás del trineo, y cubierto con la tela de saco, Nikita no se había movido.

Este, como todos los hombres que viven sufriendo las inclemencias del tiempo y los rigores de la naturaleza, no sentía necesidades y aguantaba con resignación los contratiempos.

Había oído varias veces que su amo le llamaba, pero no quiso contestar por no moverse. Todos sus pensamientos se reducían á lo mismo. Que podía morir aquella noche; eso era lo probable y en atención á ello, había tomado las precauciones detrás del trineo.

Apesar de haber comenzado cuanto pudo el calor que se había producido en el cuerpo, el té que había tomado, la marcha fatigosa por medio de la nieve, había sido de funestos resultados.

Ya comenzaba á sentir frío por todo el cuerpo: los piés, se le habían hinchado dentro de las botas, y el hambre, no le permitía ni moverse; se encontraba igual que el caballo. Era inútil hacerle andar más.

La idea de morir aquella misma noche, ni le apenaba ni le daba miedo.

No le apenaba porque su vida había sido un martirio continuo, una servidumbre penosa, de la cual no tenía esperanza de liberarse porque era pobre.

Tampoco le daba miedo, porque decía y con razón, que después de muerto, lo mismo el que su amo el gran Vassili Andreitch irían á pasar al mismo sitio y acaso bajo la protección del padre común de todos los hombres.

El hombre puede variar de vida pero no de carácter.

«Los pecados»—se decía.

Y se acordaba de sus borracheras, de sus violencias para con su mujer, sus juramentos, sus faltas de cumplimiento en los deberes religiosos, los preceptos no observados y todo lo que se le podía reprochar en esta confesión.

—Cierto, los pecados... Pero... ¿he buscado yo las ocasiones? Dios me ha hecho tal como soy. ¿Como evitar pues los pecados?

Y un cúmulo de recuerdos vinieron á su mente. Se acordó de la llegada de Marfau, la boda de los obreros, y su negativa á beber aguardiente; se acordaba también del viaje del aquel día, de la casa donde pararon de la conversación sobre las particiones, de Castaño que se calentaba con la

manta que le había echado encima, y del patrón, que no hacía más que moverse dentro del trineo.

—El también, el pobrecito se ha visto precisado á partir. No debe abandonar su vida, una vida que no es como la mía: debe cuidarse.

Todos estos pensamientos y todas estas ideas tomaron posesión de su cabeza, y concluyó por dormirse.

En el momento en que Vassili Andreitch empujó el trineo al subirse en el caballo, Nikita, como dijimos anteriormente despertó porque uno de los pestines dieronle en las espaldas.

Quería cambiar de posición, estirar sus piernas con trabajo, sacudirse la nieve que le cubría, y se levantó, pero un frío intenso y doloroso le penetraba por todo el cuerpo.

Comprendió que Vassili Andreitch le abandonaba, y quería pedirle la tela que servía de manta al caballo, pero eran inútiles sus gritos, porque Vassili Andreitch había desaparecido por aquel campo de nieve.

Nikita reflexionó un instante: Ir en busca de un refugio, era imposible, porque sus fuerzas no se lo permitían. Dejarse caer en su sitio, tampoco, porque la nieve lo había cubierto ya. Pensó en el trineo y desconfiada de encontrar calor y abrigo dentro de él, por cuanto su amo lo había abandonado.

Nada tenía con que cubrirse, y el frío cada vez era más intenso. Apretó su gorro y se envolvió con el kaftan, pero todo era inútil. Tanto frío sentía, que hubiera jurado estar en camisa.

Por fin, falto de fuerzas y de ideas, se dejó caer

en el trineo, en el mismo sitio que su amo había ocupado.

Se acomodó en uno de los rincones del trineo pero no pudo conseguir reaccionarse. Así estuvo cinco minutos, temblando todo el cuerpo: después cesó el temblar é insensiblemente comenzó á perder la conciencia.

¿Moría ó se quedaba dormido? No lo sabía, pero seguramente se encontraría dispuesto lo mismo para lo uno que para lo otro. Si Dios quiere que despierte, despertaré para seguir sirviendo á unos y á otros, cuidar las caballerías, llevar trigo al molino, entregar su jornal á su mujer y al tonelero y no tener más voluntad que la voluntad de los otros. Si quiere que muera, para despertar en otra vida también le será grato, porque únicamente así podrá recordar las ternezas y alegrías de su juventud, los cariños de la noche, el juego con los amigos, las praderas, los bosques, las heladas de invierno, y una nueva vida en fin, que en nada se parecería á la presente.

Y Nikita, perdió el conocimiento por completo.



## VIII

Vassili Andreitch, entre tanto, guiaba su caballo por la dirección que él suponía había de llevarle al bosque.

La nieve le envolvía, y el viento era tan fuerte, que parecía quererle detener en su marcha. Pero hizo esfuerzos sobrehumanos, cubriéndose cuanto pudo por evitar que el aire le abriese la ropa, y con los talones apretaba los hijares del caballo, como queriéndole hacer marchar más de prisa.

A los cinco minutos, que llevaba de marchar derecho, creyó, á pesar de no ver nada más que la cabeza del caballo y la blanca y dilatada llanura, y sin oír otra cosa que los horribles silbidos del viento, que distinguía una mancha oscura.

Su corazón latió de alegría y se dirigió Vas-

sili Andreitch hacia el sitio que su vista le indicara.

Nadie le hubiera convencido de que lo que veía no era cosa más que una larga hilera de árboles cubiertos de nieve y azotados por el viento. El pensaba que era una casa con su muralla que le servía de cerca.

La vista de esta que Vassili Andreitch creía un puerto de salvación, hizole cambiar de ruta y marchar cara al viento, pero el caballo le tiraba siempre hacia la derecha, obligándole Vassili Andreitch, á proseguir por la izquierda.

Caminaba así lleno de alegría y una nueva visión apareció á sus ojos, otra mancha negra que se movía.

¿Qué era? Otro costado de los árboles que había visto anteriormente. Mirando al suelo, vió también huellas de caballería; las examinó y convenciése hasta la evidencia que eran de caballo, y en efecto, eran del suyo, que por allí había pasado momentos antes.

Verdaderamente, Vassili Andreitch no hacía más que dar vueltas por el mismo sitio.

—Estoy perdido si continúo como hasta aquí— se dijo, y para no dejarse dominar por el miedo, apretó los hijares de su caballo y aligeró todo lo que pudo.

De pronto, unos puntos luminosos que veía á lo léjos, aparecer y desaparecer, le llamaron la atención.

Al principio creyó escuchar ladridos de perros ó aullidos de lobos, pero eran á tanta distancia, se

percibían tan vagamente, que no pudo precisar si era una ilusión ó realidad; paróse y escuchó.

De pronto, un grito terrible, ensordecedor, oyó en los mismos oídos Vassili Andreitch. Temblando como un azogado, muerto de miedo, se abrazó al cuello del caballo. Al poco rato, los gritos eran menos intensos.

Durante algunos instantes, Vassili Andreitch, estuvo sin poder darse cuenta de lo que ocurría.

¿Qué era aquello? Pues simplemente un relincho de Castaño.

—¡Que el diablo te lleve, por el susto que me has dado!...—exclamó Vassili Andreitch.

Ya había adivinado la causa del miedo, y sin embargo, este no se le pasaba.

—Es preciso reflexionar y no acobardarse por tan poco.

Al mismo tiempo que pensaba así, volvía sin darse cuenta el caballo, y le dirigía siguiendo la corriente del aire.

En todo su cuerpo, notaba dolores y el frío que se le iba infiltrando poco á poco. Sufría horriblemente. Ya no pensaba en encontrar el bosque, sino en hallar el trineo, para cobijarse allí, dejar descansar el caballo y no morir aislado en medio de aquel campo de nieve.

De golpe, el caballo cae en medio de un montón de nieve. Vassili Andreitch salta de él con ligereza y le sujeta por las bridas.

Castaño hizo un esfuerzo y otro y mil, y relinchando, desapareció, dejando á Vassili Andreitch en medio de la nieve.

Vassili Andreitch quiso seguirle y corrió tras él,

pero muy pocos pasos, porque la ropa le pesaba mucho, y los montones de nieve le impedían caminar con ligereza.

Paróse, pues.

—La madera, el establecimiento, las tabernas, las haciendas... ¡Qué será de todo esto!... ¡Esto no puede ser!—se decía.

Tal era el medio que le embargaba que no podía creer en la realidad de lo que veían sus ojos.

—¿No es esto un sueño?

Quería despertar pero veía que no estaba dormido, sino que aquella nieve que le azotaba la cara, era real y verdadera, como real y verdadero era el desierto donde se encontraba presa de una muerte inevitable, próxima y estúpida.

—¡Virgen Santa de los cielos! ¡San Nicolás bendito!—gritaba acordándose de los rezos de la vieja, y de la imagen de la Virgen rodeada de una aureola dorada, de los cirios que vendía para esta imagen y que tanto le producían.

Rogó al mismo San Nicolás, que le salvara, ofreciéndole un *Te Deum* con muchos cirios é incienso.

Y después de ofrecer todo, cayó en la cuenta que los cirios, el *Te Deum*, el incienso, la fiesta, todo estaba muy bien, allá abajo en la iglesia, pero que allí no podían prestarle ningún socorro: los cirios y los oficios en la situación apurada en que se encontraba, no podían prestarle socorro alguno.

—Precisa no perder el valor, sino seguir las pisadas del caballo, que bien pronto estarán borra-

das por la nieve—pensó, dirigiéndose hacia adelante.

A pesar de haber resuelto marchar despacio, corría, tropezaba, caía y se volvía á levantar. Apenas eran ya perceptibles las pisadas del caballo, por los sitios donde no era espesa la nieve.

—Estoy perdido: no podré seguir las huellas.

Pero en este momento miró adelante y distinguió una sombra negra.

Era Castaño, y no solamente el caballo, sino el trineo con los basales levantados. El caballo, con las riendas caídas, sacudía la cabeza.

Vassili Andrietch se encontró con que había vuelto á aparecer á cincuenta pasos del trineo; precisamente en el sitio en que le había dejado el caballo, fué en donde se encontraba la hondonada, donde había caído Nikita anteriormente.



## IX

Vassili Andreitch, llegó con dificultad hacia el trineo, apoyó en él la mano, y estuvo largo rato contemplándolo, mientras descansaba de las fatigas de la carrera.

Nikita no estaba en su antiguo sitio; pero algo había en el trineo cubierto por completo de nieve, y Vassili Andreitch, comprendió que era Nikita.

Ahora, comenzaba á disminuir su miedo, y si algo temía era la terrible sensación de miedo que acababa de sufrir en el momento de encontrarse sobre el caballo, y sobre todo, en el momento de quedar solo sobre aquel montón de nieve.

Largo rato estuvo pensando lo que debía hacer: examinó de nuevo el trineo y el caballo. Después

se sacudió la nieve que tenía sobre la ropa, se arregló ésta, é hizo algunas caricias al caballo.

Entonces se dirigió al trineo y vió moverse algo dentro: era la cabeza de Nikita que salía de un montón de nieve.

El mujik se sentó, haciendo esfuerzos supremos: hacía gestos extraños, horrorosos. Parecía querer coger moscas y murmuraba entre dientes algunas palabras que no pudo comprender Vassili Andreitch.

Este se aproximó.

—¿Qué tienes? ¿qué dices?

—¡Que me mue...ro!—dijo Nikita esforzándose para hablar.—Da á mi hijo lo que me debes... ó á mi mujer... No importa...

—¡Perol! ¿qué es eso? ¿Qué tienes? ¿Tienes frío?

—Siento venir la muerte... Perdóname... en el nombre de Dios...—dijo Nikita con voz casi imperceptible y haciendo gestos que aumentaban el miedo de aquella situación tan pavorosa.

Algunos momentos permaneció Vassili Andreitch inmóvil y silencioso: después, con la misma agonía con que apretaba las manos de los mercaderes, después de una compra beneficiosa, dió un paso adelante, se inclinó junto á Nikita y comenzó á quitarle la nieve que cubría su cuerpo.

Terminada esta operación, desató un cinturón, quitóse el kaftan y tendióse sobre Nikita cubriéndose con la ropa y remetiéndola por los bordes del trineo para que el frío no llegara á Nikita.

Así permaneció largo tiempo, sin escuchar el silbido del viento, ni la caída de la nieve, y sí solo la respiración de Nikita: esta vez parecía quería

darle todo el calor que á él le quedaba en su cuerpo.

—¡Ah, ya ves! ¿Por qué hablas de morir? No disparates, entra en reacción, que yo te ayudo. Ya ves—dijo Vassili Andreitch—quien soy yo.

No pudo continuar hablando, porque las lágrimas brotaban de sus ojos: temblábanle los labios y se le atragantaba la saliva.

—¡He sufrido tantas emociones!—se decía—que esto no es difícil que me ocurra—y se limpiaba las lágrimas con las mangas.

Esta ternura, muy lejos de desagradarle le contentaba, porque había sentido aquella vez lo que ninguna otra.

—He aquí como yo soy—se repetía conungido.

Así permaneció bastante tiempo apretando el cuerpo de Nikita y conteniendo su respiración por no hacerle aire.

Tenía tantos deseos de desahogarse, que no pudo más.

—¡Nikita!—le dijo.

—Estoy bien... tengo calor... oyó decir...

—Tu morirás de frío, y yo también.

De nuevo, sus labios volvieron á temblar, llenáronse sus ojos de lágrimas, y no pudo continuar.

—Vamos, esto no es nada—pensó.

Es natural lo que ocurre.

Y se quedó callado.

Varias veces miró al caballo, y vió que su lomo estaba descubierto y el paño que lo cubría cubierto de nieve en la tierra. Quiso levantarse á reco-

gerlo, pero no se atrevió por miedo á que Nikita volviera á enfriarse.

Ya no tenía ningún temor: su cuerpo estaba caliente, tenía por encima de las espaldas su abrigo y con el pecho abrigaba á Nikita, pero las manos se le enfriaban así como los pies.

Las primeras, porque las tenía al aire, sujetando el abrigo que había remetido á Nikita por el rincón del trineo y los segundos porque no lograba hacerles entrar en calor.

Pero no hacía caso: se concretaba á hacer que el mujik volviera á la vida.

—Esto es lo que precisa—se decía pensando en el calor que comunicaba al inanimado cuerpo de su criado, calor tanto más agradable, después del intenso frío que había sufrido.

Vassili Andreitch estuvo largo tiempo en la posición que dejamos descrita. Desde entonces en su imaginación se reproducían las impresiones de la tormenta, de los basales, del caballo bajo el collarón que se balanceaba á su vista, y de Nikita que estaba entrando en reacción: después, vinieron á su memoria los recuerdos de la fiesta, de su mujer, del comisario, de todo, en fin, en confusión espantosa, y al final, volvía su memoria á Nikita.

Después pensaba en los mujiks, en los vendedores y en los compradores, los muros blancos y las casas con tejados de hierro. Después de todos estos recuerdos se confundieron, como las tintas del arco iris en un solo recuerdo, en nada.

Y se quedó dormido.

Durmió bastante tiempo, sin sueño, pero al rayar el alba, los sueños volvieron á aparecer.

Se veía cerca del cajón de los cirios, y la mujer de Tikhon le pedía uno de veinte céntimos para la fiesta. Quería alargar la mano, coger el cirio y darlo á la mujer, pero no pudo, porque sus brazos estaban entumecidos y las manos dentro de los bolsillos.

Quería aproximarse al mostrador, pero las piernas se le negaban.

Al cabo de un instante, el cajón de los cirios dejó de ser tal, para convertirse en una hermosa cama donde Vassili Andreitch se veía tendido y descansando.

Soñaba también que no podía levantarse, sin embargo de que el comisario le aguardaba para ir á ver la madera comprada al mercado, sobre el lomo de Castaño.

Y preguntó á su mujer:

—¿Qué, no ha llegado aún?

—No—contesta ella—no ha llegado.

Después se figura oír un carruaje que pára delante de la casa.

—Este debe ser... No, ha pasado de largo. ¡Eh, Nicolavna! ¡Nicolavna!... ¡Nadie contesta! ¡Nadie!...

Y continúa en su cama, sin poderse levantar. De pronto, la alegría le inunda de placer.

He ahí la persona á quien él espera, pero no al comisario. Ivan Matveitch, sino otro. Viene éste y le llama, y el que le llama, le ordena que se acueste sobre Nikita. Y Vassili Andreitch se siente feliz porque hayan venido á buscarle.

—Voy—grita con júbilo.

Y el mismo grito le despierta.

Y se despierta completamente cambiado. Quiere levantarse y no puede: quiere mover el brazo y no puede tampoco, lo mismo que las piernas, la cabeza, el cuerpo, en fin, le niega á obedecer la voluntad.

Ante tal espectáculo se amedrenta y piensa en la muerte, pero vé que Nikita está debajo y que si Nikita está viva, debe estarlo él también, por más que era posible que Vassili Andreitch hubiese comunicado su color que era su vida al criado y éste le tuviera pero que el amo careciera de ella. Pensó también en que él era Nikita y Nikita él, pero se aproximó á la cabeza del mujik, escuchó sus respiración y exclamó con alegría:

—¡Oh, vive, vive aún, y ambos vivimos.

Y algo extraño, desconocido, que no le había ocurrido nunca, ocurriósele entonces.

Se acordó del dinero, de la tienda, de la casa, de las compras y ventas, de los millones de Mironov y no podía comprender que este hombre que se llamaba Vassili Brekhounov, se ocupara otra vez de todo eso.

—¿Y qué sabía de todo esto—pensaba Vassili Andreitch Brekhounon.

«Lo que él no sabía, lo sé yo, lo sé y comprendo su error.»

Y de nuevo oyó que le llamaban:

—Voy, voy—respondió con atolondramiento.

Y se sintió libre y que nada lo sujetaba.

Y Vassili Andreitch no veía ni entendía, ni sentía nada de este mundo.

Detrás del trineo, la tempestad zumbaba. Los mismos copos de nieve, el mismo ruido del viento,



la misma blancura sobre las ropas de Vassili Andreitch muerto, y sobre Castaño, que tiritaba de frío.

Del trineo casi no se veía más que los bazales, y en el fondo, el cuerpo de Nikita, algo reaccionado bajo el cuerpo de su amo.



## X

Al rayar el alba, Nikita despertó con la impresión del frío que comenzaba á helarle la cara.

Había soñado, que venía del molino con una carreta de harinas, y habiéndola dejado cerca de Liapine, al lado del puente, se había hundido.

El estaba tendido sobre la carreta sin moverse, porque estaba pegado á ella y cosa extraña, ni podía levantarla ni levantarse: tenía partidos los riñones. Y cuidado de que hacía frío, y era preciso salir de allí.

—¡Vamos, ya está bien!—le decía á alguien, á quien suponía que le había aplastado la espalda.—Retiró los sacos, pero la carreta, cada vez más fría, continuaba pesando sobre él, cuando de repente un ruido particular le despertó, y comprendió todo lo que pasaba.

La carreta fría, era el amo muerto, helado, que

estaba tendido sobre él. El ruido, era que Castaño había dado con las patas en el trineo.

—¡Andreitch! ¡eh, Andreitch!—grtó Nikita presintiendo la realidad y procurando quitarse de encima el cadáver de su amo.

Pero Andreitch, no le respondía, y sus piernas pesadas y su vientre abultado descansaban pesadamente sobre el cuerpo del mujik.

—¡Ha muerto, seguramente! ¡Que el cielo le abra sus puertas!—pensó Nikita.

Movió la cabeza, quitó la nieve que tenía por los lados y abrió los ojos. Era de día. El viento continuaba silbando en los barales del trineo; la nieve caía. Solamente no azotaba por la parte delantera del trineo, que le rodeaba así como al caballo, casi enterrado también como el trineo. Ya no se oía tampoco la respiración de Castaño.

—¡También, se ha helado!—siguió Nikita.

En efecto, detrás del trineo, estaba el caballo casi inerte, agonizando de frío.

—¡Señor de los cielos! ¿también me llamas á mí?—dijo Nikita,—pues que tu voluntad sea cumplida, ¡tengo un poco de miedo! ¡pero no muere uno más que una vez y esta no me desconsuela.

Y extendió los brazos, y cerró los ojos seguro de que esta vez moría, pero de puro bueno que había sido.

Al medio día, los mujikis encontraron á Vassili Andreitch y á Nikita á cien metros del camino y á medio kilómetro de la ciudad.

La nieve había cubierto completamente el trineo, pero los barales y el paño que habían amarrado al extremo se veían aun. Castaño, con la nieve

hasta el vientre, y la grupera torcida, estaba detrás del trineo, todo blanco, la cabeza doblada sobre el pecho, las narices llenas de hielo, los ojos vidriosos y llenos de lágrimas heladas. Tanto había enflaquecido esta noche, que solo le quedaban los huesos y la piel, Vassili Andreitch, estaba rijido, y le levantaron de sobre Nikita, sin que sus piernas perdieran la posición que tenían. Los ojos de buitre, la boca abierta, bajo su bigote lleno de nieve.

Pero Nikita respiraba aún.

Cuando le levantaron, estaba poseído de que estaba muerto, y que lo que le estaba ocurriendo, no era de este mundo, sino del otro.

Pero cuando oyó los gritos de los mujiks que le quitaban la nieve y le apartaban del cuerpo de Vassili Andreitch, se extrañó de oír gritar así á los mujiks en el otro mundo.

Al fin comprendió que vivía, pero se llenó de tristeza cuando vió que se habían helado para siempre los dedos de sus piés.

Nikita, pasó dos meses en el hospital. Allí le cortaron tres dedos; los otros curaron. Aún pudo trabajar, y durante veinte años estuvo de criado, y más tarde, cuando viejo, como guardia.

No ha muerto hasta este año, en su casa como deseaba, bajo las imágenes y con un cirio en las manos.

Antes de morir, pidió perdón á su mujer, ya anciana, y él, perdonó al tonelero. Dijo adios á sus hijos y murió realmente satisfecho de haber quitado á sus hijos la carga que tenían encima; pa-

sando á otra vida, que tanto había deseado y que cada vez le atraía más y le convenía.

¿Es mejor ó peor, dormirse en esta vida para despertar en la otra, ó se había equivocado Nikita encontrando allá lo que esperaba?

Pronto lo sabremos.



MADAMA DE POMPADOUR

---